

# TESTIMONIOS DE PROFESORES EN LA CONMEMORACIÓN DE LOS 40 AÑOS DEL SUAYED (2012)



Flor Díaz de León Fernández de Castro

Íbamos las dos, al mismo grupo y con los mismos maestros. Ese fue uno de los mejores inicios en un proyecto que se ofrecía a la imaginación, a la inteligencia y a la sensibilidad como una emocionante aventura personal y literaria. Así, mi madre y yo fuimos estudiantes del SUA, en la FFyL de la UNAM: yo había cubierto todos los créditos de la licenciatura en Filosofía, en la misma facultad y en el sistema escolarizado, casi de manera simultánea a nuestro ingreso al sistema abierto; y ella, muchos años atrás, se había recibido como Médico Cirujano y había hecho una especialidad en Pediatría Perinatal, también en nuestra *Alma Mater*. Y lo que ensancha el corazón en este mínimo proceso de reconstrucción de la memoria no solo que las dos estudiáramos juntas, sino que fue precisamente en el manantial de su voz donde se originó mi vocación y mi amor a la literatura, cuando ella, en mi remota infancia, recitaba poemas, digamos, de José Martí, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez o Antonio Machado. Asistir cada lunes a las asesorías estrechaba nuestros lazos afectivos y nuestra mutua predilección, en una especie de complicidad, y cualquier situación podía dar origen a comentarios y al intercambio de impresiones, así se tratara de la aridez de algún texto de lingüística, de la belleza de algún poema de san Juan de la Cruz, de algún romance español apenas descubierto por nosotras, o de una buena sesión con María Andueza o Juan López Chávez; aprendimos, además, a organizar nuestros ritmos de estudio de un modo regulado y disciplinado. Con el paso del tiempo nuestros caminos académicos tomaron rumbos distintos: yo fuera de México durante casi un año, ella terminó primero la carrera. De este modo, mi permanencia en el SUA se volvió algo incierto; sin embargo, cuando regresé al país quise disipar mis dudas y la maestra Silvia Vázquez me alentó a terminar. Las metas se fueron cumpliendo;

María Andueza fue mi asesora de tesis. Y continué con estudios de posgrado, en Letras Españolas, también en la FFyL; aún recuerdo con alegría y añoranza las clases de Luis Astey, Antonio Alatorre y Federico Álvarez... lo cierto es que tengo mucho que agradecerles a ellos y a mis profesores del SUA. Otro de mis llamados interiores dio signos de vida, asimismo, desde mi niñez: no es extraño que evoque momentos pretéritos en los que ayudaba a estudiar inglés a un pequeño que cursaba el primer año de primaria, cuando estaba yo a punto de iniciar la secundaria. Cada vez que recuerdo mis primeros pasos como maestra del SUA, ya casada y con dos hijos, vuelve a hacerse presente la figura de la Dra. Andueza, pues fue la persona que originalmente me dio la oportunidad de incorporarme al grupo de profesores de Letras Hispánicas. ¿Cómo ha sido esta experiencia? Traicionaría el modo en que me concibo si no me visualizara en un constante proceso y esfuerzo de donación y compromiso en mi tarea docente; ello abarca diversos aspectos medulares: la propia exigencia de conocer cada vez mejor tanto a los autores, sus obras, los contextos y la crítica especializada (sea de modo formal o de manera autodidacta), como algunos fundamentos pedagógicos actuales y técnicas didácticas de apoyo pertinentes; la revisión frecuente de los contenidos y la actualización continua de bibliografía relevante para los temas; la planeación y organización cuidadosa de cada etapa del proceso de enseñanza-aprendizaje, tomando en cuenta el tipo de sistema; el conocimiento de los estudiantes, en su diversidad y en relación con las condiciones particulares que, por distintas razones, los llevaron a elegir la universidad abierta (confieso que en muchas ocasiones me identifico con ellos y me veo sentada en una banca más, atendiendo a la clase); y, sin duda, la conciencia clara de buscar una forma de relación empática, abierta, atenta, que propicie el diálogo y la retroalimentación y que considere a cada uno de ellos como personas singulares....Buscar esto y estar en un continuo empeño por lograrlo no significa de hecho haberlo logrado desde el principio ni que se cumpla en todo momento, pero sí ha sido un desafío y un ideal que me han ayudado a caminar. Celebro con satisfacción y agradecimiento este aniversario del SUA, en especial por todas las personas que a lo largo de los años han trabajado con tesón para ofrecer esta oportunidad a

quienes buscan y necesitan otras opciones formales de estudio, con la calidad y el compromiso que significa pertenecer a la UNAM.

## LETRAS HISPÁNICAS



### GALDINO MORÁN LÓPEZ

En 1982 ingresé al SUA de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, trayendo a cuentas mi experiencia como profesor de primaria, secundaria, dirigente sindical de oposición y fugaz estudiante del sistema escolarizado. En el sistema abierto tuve la fortuna de conocer a insignes profesores, como María Andueza, e inteligentes condiscípulos, que me ayudaron a sistematizar mis estudios.

Sin duda, el perfil de egreso de este sistema me brindó la oportunidad para incursionar en el campo de la edición (desde corrector de galeras hasta director general en varias editoriales), hacer estudios de maestría (1990-1996) y ejercer la docencia universitaria (en 2005 gané la definitividad como profesor-investigador en la UACM).

Desde hace quince años soy profesor del SUAYED, y comparto la cátedra con excelentes colegas comprometidos con su trabajo y estudiantes brillantes; juntos, asesoría tras asesoría, clase tras clase, semestre tras semestre, desbrozando lecturas y afinando escrituras, hemos logrado construir grupos de trabajo para estudiar de manera consciente la lengua y las literaturas hispánicas, como

materias inherentes en la conservación y transformación de la cultura de México e Hispanoamérica.

## LETRAS HISPÁNICAS



### HECTOR MANUEL ENRIQUEZ ANDRADE

Entré a la Facultad de Filosofía y Letras a estudiar la carrera de Letras Hispánicas en diciembre de 1989 gracias a que la Universidad permite a sus alumnos hacer una segunda carrera. Era ingeniero civil y trabajaba de tiempo completo, así que mi única opción era el SUA que me permitía estudiar y seguir trabajando.

Al principio tenía dudas, pero desde los primeros días me di cuenta que el SUA era una opción extraordinaria, no sólo por los programas de estudios que no me ponían ante una sola opinión, sino que me abrían un abanico de posibilidades y discusión ante las distintas opiniones de los diferentes autores.

Además desde el principio tuve maestros extraordinarios que marcaron mi formación y que me hicieron descubrir y redescubrir a tantos autores tan entrañables. Puedo mencionar al profesor Horacio López Suárez, quien me abrió el mundo de la novela española contemporánea. La doctora María Andueza que puso ante mis ojos la maravilla de la literatura prehispánica y medieval.

Sin duda, también me regocijé con la lectura del Quijote y la obra de Quevedo, Lope, Tirso y Calderón. Pero eso no fue todo, sino que el gusto por la literatura se vio incrementado por el descubrimiento de la lingüística. Aquí la culpable fue a la maestra Dora Pellicer, quien con sus clases de Fonética y Fonología y de Sociolingüística despertó mi interés por la lingüística y me abrió un mundo espléndido de posibilidades académicas; tanto, que he dedicado mi vida profesional a esta disciplina.

Después cursé una Maestría en Lingüística y un Doctorado en Ciencias del Lenguaje en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Actualmente soy investigador de tiempo completo en la Dirección de Lingüística del Instituto Nacional de Antropología e Historia e imparto con mucho orgullo y agradecimiento a la Facultad de Filosofía y Letras y al SUA la materia de Lingüística General y de Lexicología y Semántica.

## LETRAS HISPÁNICAS



### MARÍA GUADALUPE JUÁREZ CABAÑAS

Aún conservo el número extraordinario de la Gaceta UNAM, del 11 de abril de 1999, en cuya página 76 aparece la indicación de que había sido aceptada en la Facultad de Filosofía y Letras para estudiar la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en el SUA. Este anuncio, cambiaría mi vida por completo.

Mi primer contacto con la universidad fue en clases extramuros, pues el año de mi aceptación fue el de "aquella" huelga. Iniciamos el semestre en el Instituto Francisco Possenti, centro de educación media y media superior que prestó sus instalaciones para ello. Cuatro años más tarde, el mismo Instituto, me abriría sus puertas para ofrecerme mi primer trabajo como docente, ya en el ejercicio de mi profesión.

Para descubrir mi vocación tuve que andar un camino laboral de 22 años, durante los cuales trabajé como secretaria en una institución de banca de desarrollo. Asistía a un funcionario público y tenía horario de entrada, pero no de salida. El hartazgo laboral y la desesperada necesidad de un cambio, me impulsaron a buscar opciones... ¡pero estaba muy lejos de acceder a una carrera universitaria! Primero, debía hacer la preparatoria, por lo que opté por el sistema abierto de la SEP. Y fue con las materias "Textos literarios I, II y III" y "Taller de Redacción", que empecé a fantasear con la idea de hacer de la lectura y la gramática una profesión; me preguntaba, incluso, si podrían pagar por ello... Siento nostalgia y tristeza al recordar estos pensamientos. ¡Cuánto me faltaba por conocer! Mi esposo, Antonio, me exhortó a buscar opciones en la UNAM; el SUA respondía exactamente a lo que yo necesitaba. Tomé los estudios como un

mundo alternativo que me permitía escapar de esa realidad laboral que ya me ahogaba y decidí cursar la licenciatura en tiempo y forma hasta terminar.

Cuando se emprende un camino como este, no se puede parar fácilmente: entré a la licenciatura a los 43 años; ahora tengo 55 y estoy por terminar el Doctorado en Lingüística. La UNAM me dio los elementos y las posibilidades académicas; mis maestros: Alejandra Vigueras, Beatriz Arias, María Andueza, Galdino Morán, Herlinda Dabbah, Leticia Rosales, Lourdes Penella, Marcela Flores, Norma Macías, Pablo Mora, Rosalinda Saavedra, su apoyo y comprensión incondicionales; Antonio, mi esposo, el gustoso sacrificio de nuestro tiempo libre, para poder llegar hasta donde estamos.

Ahora que formo parte de la plantilla académica de la Facultad de Filosofía y Letras donde, en el SUAyED, imparto Seminario de Titulación I y II, Didáctica de la Lengua y El Ateneo de la Juventud, intento retribuir a la UNAM, a través de mi atención y apoyo a los estudiantes, algo de lo que me dio: me siento identificada con las necesidades de mis alumnos, con sus dificultades laborales, con sus situaciones familiares, con su cansancio...en fin...como egresada de sistemas abiertos sé que, en ocasiones, solamente hace falta un pequeño empujón para decidirnos a seguir adelante.

El SUAyED debe continuar y crecer, es casi la única posibilidad de mucha gente, atrapada en sus responsabilidades y en la cotidianidad de nuestro mundo actual, que quiere crecer académicamente. Estudiar en la UNAM te marca y te cambia la vida...lo sé por experiencia.

## LETRAS HISPÁNICAS



MARÍA ISABEL RULL VALDIVIA

Cuando Lourdes Penella me dijo: “Isabelita de mi corazón, tráeme ya tu escrito que eres de las pocas que faltan”, yo, la verdad, pensé: “¿pero a quién le va a importar mi vida y mis razones por las que doy clase en la Facultad?”. Bueno, pues ahí van para que no se diga que soy una pesada... El día 29 de julio de 1974 aterricé en el aeropuerto de México, casada con un muchacho con el que me había tropezado once meses antes y del que, por supuesto, me enamoré. Yo vine en el 73 a conocer a mi familia exiliada de la guerra civil española y... lo que es el sino: aquí estaba, parece que esperándome, el hombre de mi vida y yo hice realidad la sugerencia del bolero: “si tú me dices ven, lo dejo todo”. Éramos muy jóvenes. Yo estudiaba Filosofía en la Universidad Central de Barcelona y, sí, dejé tres años de carrera, familia, amigos, trabajo y cuanto hay, porque el amor tiró de mí. Nunca me arrepentí de ese paso decisivo que di en mi vida, pero la realidad se impuso: yo, sin estudiar, sin trabajar, sin amigos propios, en una ciudad inmensa y desconocida y, lo que es peor, sin el mar... Me dediqué a llorar y a ponerle faltas a todo. Pensaba y estaba convencida de que “cualquier tiempo pasado fue mejor”. Más tarde, nacieron mis hijos y eso mejoró todo pero, por otra parte, de la noche a la mañana me convertí en una buena “Maruja”: cosía, tejía, bordaba, guisaba y, por supuesto, le daba cera a los muebles hasta dejarlos hechos un espejo. Para mí el parteaguas fue el temblor del 85. A partir de ese momento, la casa se me caía encima. Alguien me ofreció dar clase en una secundaria y yo lo acepté, pero no contaba con que al no tener ningún título que me respaldara, al final del cuento

no podía firmar las actas y... ahí surgió la idea y la posibilidad de estudiar en la UNAM la carrera de Letras Hispánicas en el SUA... Me preparé durante dos meses, presenté el examen de admisión y, por supuesto, me llevé el alegrón de pasarlo.

Y llegó el primer día de clase. A mí me temblaban las piernas y pensaba: “¿pero, qué hago yo aquí? No conozco a nadie y esto no va a salir bien”. Me equivoqué rotundamente. En este primer día conocí a la que sería mi amiga del alma, Gigí, una mujer extraordinaria, mayor que yo, médico de profesión, casada y madre de cuatro hijos... Desde donde estés, Gigí, sé que leerás esto... La generación que me tocó fue estupenda; Luz Fernández de Alba y tantos otros de los que aprendí que cualquier tiempo pasado *no* fue mejor. México tenía muchas cosas buenas que ofrecerme, lo que pasaba es que yo iba con unas gafas de sol demasiado oscuras y no las veía. ¿Y los maestros? ¡Qué decir de ellos! Horacio López Suárez, María Andueza, Gonzalo Celorio, Tatiana Sule, Dora Pellicer (y más tarde, en la Maestría, Arturo Souto, Ludovik Osterk, Paciencia Ontañón, Margo Glantz...). Cada uno daba lo mejor de sí mismo y a mí, entre todos, me cambiaron la vida. Una tarde estaba yo dislocada preparando un examen de *Siglos de Oro* (mientras se cocinaba la comida del día siguiente) y mi niño -6 o 7 añitos- daba vueltas junto a mí, hasta que, por fin, me preguntó:

-Mamá ¿qué haces?

-Estudio, Enrique, estudio.

-¿Y qué estudias, mamá?

-*Siglos de Oro*, Enrique. Déjame, hijo, que estoy apurada...

-Mamá ¿y eso que estudias es lo que quieres ser cuando seas grande?

-¡Sí, Enrique, sí! Eso es lo que quiero ser cuando sea grande.

-¿Y eso para qué sirve, mamá?

-¡Para nada, Enrique! (yo ya alterada). Eso no sirve para nada... Vete a jugar y ¡déjame, que tengo un examen!

El niño, claro está, se fue el pobrecico sin entender una palabra de lo que decía su madre y hecho un mar de confusiones pero, pasado un tiempo, le expliqué que no



le dije la verdad, que lo que yo estudiaba servía para ver el mundo de otra manera y, sobre todo, que a mí me sirvió para adaptarme a otro país, para entender a su gente y para estar contenta conmigo misma. Por eso cuando la Doctora María Andueza me dio la oportunidad de formar parte de ese elenco maravilloso, que son los profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, no lo dudé, y ahora tengo el gusto de darles a mis alumnos de literatura todo lo que antes la Universidad me dio a mí. Ya no pienso irme a vivir a mi tierra a pesar de que ahí vive mi hija y de que el Mediterráneo me sigue llamando.

# LETRAS HISPÁNICAS



## ROSALINDA SAAVEDRA MORALES

Hay circunstancias en la vida que nos conducen por caminos que resulta muy placentero recorrer.

Cursé la carrera de Profesora en Educación Primaria porque tenía vocación de maestra; trabajé en ese nivel educativo durante dos años pero sentía “el gusanito” de seguir estudiando. Decidí entonces inscribirme a la Normal Superior en la especialidad de Lengua y literatura, pues ambas materias siempre me había gustado mucho.

Cuando sólo llevaba cursada la mitad de esta carrera me enteré que el Instituto de Cultura Hispánica ofrecía becas para realizar estudios en España y me propuse obtener una. No fue fácil porque lógicamente se concedían a licenciados que desearan cursar una especialidad, pero ¡me la concedieron!

Llegué a la Universidad de Madrid (ahora la Complutense), para estudiar algunas materias de Filología Románica. Me nombraron un tutor, quien me orientó para inscribirme en diversas materias de mi interés, con los mejores maestros: Dámaso Alonso, Carlos Bousoño, Luis Morales Oliver y otros más. ¿Qué más podía pedir?... No sólo fue valiosa la experiencia de estudiar y medirme con estudiantes europeos, sino el hecho de viajar, conocer varios países de Europa y convivir en una residencia con estudiantes de muy diversas nacionalidades; en fin, todo esto me hizo crecer.

Regresé, me casé y concluí los estudios de la Normal Superior, que me permitieron dar clases justamente en escuelas Normales. Trabajé varios años en este nivel educativo, pero sentía la necesidad de vivir en serio una carrera universitaria. Así llegué a la Facultad de Filosofía y Letras para estudiar la carrera de Letras Hispánicas, en el sistema escolarizado. Desgraciadamente la carga de trabajo en casa y en la escuela me impedían continuar como alumna regular. Fue entonces cuando surgió, para suerte mía, el SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA. Perteneczo a la segunda generación que se formó en esta modalidad y que me permitió cumplir ese gran ideal. Si en España cursé materias con excelentes maestros, en el SUA también me encontré con grandes maestros de la estatura de los de España: Gonzalo Celorio, María Andueza, Eduardo Casar y muchos más.

Pero el mayor privilegio que logré al cursar la carrera de Letras Hispánicas fue que me invitaran a formar parte de su planta de maestros, inicialmente como asesora de "Didáctica de la Lengua y la Literatura", cuya guía de estudios que también escribí, me permitió obtener el título de Maestría en Educación por la UIA. Esta ha sido para mí una honrosa oportunidad de regresarle a la universidad parte de todo lo que recibí en ella. Como egresada de este sistema me siento identificada con mis alumnos, valoro el esfuerzo que ellos realizan para obtener una carrera universitaria y lograr un mejor nivel de vida. Gracias a este sistema, un gran número de mexicanos ha destacado en el campo de la ciencia y las humanidades, lo que engrandece a nuestro país.

## LETRAS HISPÁNICAS



SYLVIA ÁVILA HERNÁNDEZ

*Por partida doble*

Luego de trece años como habitante de un mundo francófono de cultura, trabajo y bilingüismo, sentí la urgente necesidad de re-conocer mi propio país; la cumplí, en parte, estudiando Etnología. Sin embargo, a los treinta años, mi interés mayor era aproximarme, conscientemente y de manera universitaria, al rincón más íntimo de mi personalidad: el de mi lengua materna, el español mexicano. Preparé dos exámenes de admisión (por si uno fallaba): al SUA de la UNAM y al Programa de Formación de Traductores de El Colegio de México. Al saber que había sido aceptada en ambas instituciones, adapté mis horarios profesionales y, para subsistir, impartía clases de francés; el sistema abierto me resultaba entonces la única opción académica viable. Toda mi alma y mi mente se consagraron al estudio de lo mío y, gracias a ambas lenguas, descubrí mi vocación por la Lingüística.

Gocé por entonces clases magistrales de entrañables profesores, quienes, con sus enseñanzas, su experiencia y su ejemplo como seres humanos, iluminaron mi andar; las guías y antologías preparadas *ad hoc* para los estudiantes de SUA siempre orientaron mi recorrido. ¿Cómo no recordar el

despertador que Lourdes Penella ponía al inicio de la asesoría, para ‘regresar’ a tiempo y terminarla puntualmente, tras un viaje al mundo de *El Quijote*? A la amorosa, paciente y certera dirección de Dora Pellicer durante la tesis de licenciatura debo mi llegada a tiempo al Doctorado en Lingüística en El Colegio de México, no sin contratiempos por la huelga del CGH a fines de 1999. Para julio de 2002 egresé del Doctorado y, casi de inmediato, regresé a mi *alma mater* buscando a la Doctora Andueza, quien me anunció mi admisión como profesora en SUA, justamente en las materias más cultivadas: Fonética y Fonología.

Así, cada semana, desde febrero de 2003, la vida me brinda la oportunidad de devolver al SUA un poquito de lo recibido en sus aulas, al asistir con júbilo a mis asesorías. Además de un foro académico, la convivencia con cada nueva generación me procura importantes lecciones de humanismo y sensibilidad, en las cuales me inspiro actualmente a la hora de ser mamá, también, por partida doble.

# LETRAS HISPÁNICAS



JOSÉ MARÍA VILLARÍAS ZUGAZAGOITIA

## **Cambio de rumbo**

Llegué al SUA de la Facultad de Filosofía y Letras casi por casualidad. Trabajaba en un laboratorio de Biomédicas para concluir la carrera de Biología y María Luisa Capella, a quien conocía como profesora de El Colegio Madrid y sabía que pertenecía a dicho sistema, me invitó a conocerlo. Me entregó trípticos de las carreras que se impartían y un folleto con toda la información para integrarse en una licenciatura de carácter abierto.

Aun cuando me encantaba lo que hacía en el laboratorio y en la carrera de Biología en la Facultad de Ciencias había pasado una de mis mejores épocas personales y académicas, siempre había tenido muchas inquietudes de formalizar el conocimiento un tanto aleatorio de todos mis lecturas desde la niñez.

La licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas me permitió no sólo formalizar dichas lecturas, sino conocer a un grupo de compañeros de las más variadas procedencias: amas de casa, taxistas, médicos, ingenieros, etc., con un interés parecido al mío: realizar unos estudios académicos cuando se tenía una formación universitaria previa, o bien una inquietud de realizar estos estudios universitarios cuando su propia vida podía permitirselo.

La experiencia fue divertida, enriquecedora y, sobre todo, formadora, ya que me hizo conocer las posibilidades de un estudio autodirigido o, al menos en el caso del SUA de nuestra facultad, en el cual el ochenta por cien del trabajo dependía de nuestros intereses y capacidades.

El maestro Jaime Erasto Cortés me comentó en una de nuestras largas conversaciones durante el periodo en el que, bajo su asesoría, trabajaba en la tesis, que en muchos de los casos de estudiantes como yo, con una primera licenciatura casi terminada (sólo me faltaba concluir con la tesis correspondiente), el estudio de una segunda carrera no garantizaba su conclusión, pues la carga laboral y el compromiso que suponía la primera, diluía con el tiempo las inquietudes que pudiera producir la segunda.

En mi caso no fue así. Una vez con el título de Biólogo en la mano, decidí que seguía gustándome el mundo científico, pero que prefería dedicarme, a partir de ese momento, a la docencia y la investigación en literatura. Terminé la segunda tesis, obtuve una beca para realizar estudios de doctorado en Madrid y, a la vuelta, concursé y me integré como profesor en esta facultad. Si bien mi plaza está adscrita al sistema escolarizado, desde el inicio de mis actividades laborales conservé una estrecha relación con el SUA.

Con el paso de los años, me ha quedado siempre muy claro que sin la existencia del Sistema de Universidad Abierta de la Facultad de Filosofía y Letras nunca hubiera podido realizar este cambio de rumbo académico que tantas satisfacciones me ha proporcionado.

## LETRAS HISPÁNICAS



### YOSAHANDI NAVARRETE QUAN

Debo confesar que la UNAM fue mi patio de juegos. Buena parte de mi infancia la pasé corriendo por los pasillos y escaleras de la Facultad de Filosofía y Letras. Mi madre trabajaba en el Centro de Estudios Mayas y mi padre en el Instituto de Investigaciones Antropológicas que, por aquellos años, se encontraban en la torre I de Humanidades, así que junto a mi hermano fuimos asiduos invitados a sus instalaciones. Por si fuera poco, acudíamos domingo a domingo al cine club infantil que Nancy Cárdenas instaló en el auditorio Ché Guevara de la Facultad. Y desde entonces tuve claro que, algún día, cuando fuera mayor, yo también formarí parte de esta universidad.

La docencia también estuvo presente en mi vida desde siempre. Me veo de 8 años en el Museo de Antropología, rodeada de estudiantes, escuchando a mi padre hablar sobre las antiguas culturas mayas. Y lo que viene a mi memoria es, sin duda, el asombro reflejado en los rostros de los alumnos mientras mi padre explicaba, aclaraba, preguntaba. El asombro que despertaba el nuevo conocimiento. La comprensión de algún concepto, un mito, una lectura.

También recuerdo a mi madre sentada en la mesa del comedor calificando ensayos, exámenes, y regocijándose cuando un alumno la sorprendía. Lo orgullosa que se sentía de su trabajo. Yo también, pensaba, sería maestra cuando



fuera grande. Sin embargo, cuando llegó el momento de decidir a qué dedicar mi vida pasé un tiempo dudando. Fui inquieta. Estudié grupos operativos, fotografía, me dediqué una temporada a la danza, al teatro... Y fue con la madurez que me dio la maternidad que decidí volcarme a mi gran pasión, la literatura. Así que ingresé al SUA, única opción que me permitía atender a un bebé sin dejar de lado mi propio crecimiento personal.

Esos cuatro años fueron una de las etapas más maravillosas de mi vida. Los trabajos de equipo, los desvelos, las innumerables lecturas y, ante todo, los grandes maestros que tuve. La dra. María Andueza, Beatriz Arias, Lourdes Penella, Blanca Estela Treviño, Galdino Morán, son sólo algunos entre tantos otros excelentes maestros que me guiaron durante mi paso por la licenciatura. Fueron generosos como maestros, pero sobre todo, como seres humanos.

Así que cuando la dra. Andueza me ofreció la asignatura de Literatura Prehispánica no lo dudé ni un segundo. Y desde que pisé el salón la primera vez y disfruté tanto supe que la docencia era mi vocación. Claro que me gustaba escribir, investigar, estudiar, pero nada me provocaba tanta emoción como la enseñanza. Decidí seguir preparándome. Actualmente estoy haciendo mi doctorado. Y si bien he dado clases en bachillerato, en posgrado, en el sistema escolarizado y en el sistema a distancia, ha sido en el SUAYED donde he cosechado mayores satisfacciones. El entusiasmo de mis colegas, el interés de mis alumnos, sus cuestionamientos, sus contribuciones...

Dar clases en el SUAYED me permite devolverle un poco de todo lo que me ha dado como persona. Se lo debo. En este sistema me formé como alumna y también como profesora. Y qué mejor recompensa que despertar, de vez en vez, el asombro en los rostros de mis estudiantes. Y sentir que lo que estoy haciendo vale la pena.

## LETRAS HISPÁNICAS



RAÚL AGUILERA CAMPILLO

En cierta ocasión, estando distraído en el trabajo (una editorial), una compañera me dijo: “¡Ya regresa a este mundo!”. “¿Cuál mundo?”, susurré. *Dichosa edad y siglos dichosos* en que podía responder así *involuntariamente*. Por aquellos siglos (de 1994 en adelante) estudiaba Lengua y Literaturas Hispánicas-SUA, luego de un primer intento en otra universidad pública. Nada que decir contra esa universidad –sólo tuve buenas experiencias, grandes maestros (con frecuencia de la UNAM) y aun mejores amigos–, pero el sistema era escolarizado, no abierto.

Criado en la populosa Región Menos Transparente del Aire, algo en mí siempre añora la experiencia de lo abierto, no tanto en la Naturaleza como en los mundos paralelos que descubre el distraído urbanita. Así que la doble disciplina laboral-escolarizada terminó por deprimirme y acabé en el Estadio de CU respondiendo el examen de admisión, que para mi gran fortuna sí desembocó en la admisión.

Y ahí no fue Troya, sino la Biblioteca de Babel. Mientras con los profesores y compañeros hacía un recorrido metódico por los barrios céntricos de la lingüística e historia y teoría literarias, yo solito proseguía mis excursiones personales por la narrativa fantástica, la ciencia ficción, la poesía (en la que incurrí como autor) y por lecturas que a veces me ocasionaron coscorriones académicos, incluso en el examen de titulación. De modo que en esos tiempos pude alternar la lingüística

estructural con los ensueños de Bachelard, el realismo de Galdós con la psicología de Jung, Wittgenstein con Góngora, Rafael Lapesa con Alejandra Pizarnik...

Además, todos los lunes tenía tiempo, antes de entrar a los salones de clase, de circunnavegar la explanada con los audífonos puestos, mientras me dejaba disolver en la música de Wagner, Debussy, Fauré, Thelonius Monk, Nirvana, Cocteau Twins..., lo cual era una magnífica preparación para asimilar después Fonética y Fonología o Siglos de Oro I. Mi desequilibrio exigía tener simultáneamente un pie en cada mundo, el de la academia y el del autodidactismo. Por eso elegí el Sistema de Universidad Abierta.

Por otra parte, no sé cómo disfruto tanto dedicarme a la enseñanza en el SUA, porque fácilmente me vienen a la memoria maestros que volvían accesible lo que pudo haber sido árido (Jaime Erasto Cortés en Teoría Literaria); que nos hacían sentir el pasado de la lengua en palabras modernas (Beatriz Arias en Filología); que reafirmaron mi entusiasmo por los clásicos y me ayudaron a encontrar en ellos mucho más de lo que había notado (Arnulfo Herrera, Pablo Mora, mi asesor de tesis Víctor Díaz Arciniega...). Coloquen aquí el largo etcétera de las omisiones injustas pero inevitables.

Así que terminé por volver a este mundo; pero durante algunos años el Sistema Abierto, para mí en ese tiempo más abierto que sistema, hizo posible que durante algunos años siguiera habitando mi Tlön de Los senderos que se bifurcan en la Esquina rosada...

## LETRAS HISPÁNICAS



### LUZ FERNÁNDEZ DE ALBA

Fui una chica "sesentera". En la década de los 60's me ocurrieron todas las cosas realmente importantes: ingresé a la UNAM, me enamoré del más guapo de la Escuela Nacional de Ciencias Químicas (todavía en Tacuba, el primer año); llegué a la Ciudad Universitaria en el segundo, y en tercero abandoné mi brillante carrera para casarme con ese primer novio que, a pesar de ser el joven equivocado, se convirtió en el padre de mis dos hijos, más guapos e inteligentes que él y que yo misma.

Fue entonces cuando, entre pañales y recetas de cocina, me dediqué a leer todo lo que caía en mis manos: teatro y novelas principalmente, pero también ensayos como el *Segundo Sexo* y *Summerhill* (cuando mi primer hijo llegó a la edad de entrar a la escuela); *Parto sin dolor* (para recibir a mi segundo retoño: una niña); así como una lista interminable de las novelas hispanoamericanas que entonces todos leíamos conforme iban saliendo: Fuentes, Carpentier, García Márquez, Vargas Llosa, Pacheco, Cortázar, Borges, Donoso y muchos otros, leídos en gran desorden pero con inmenso placer.

Diez años después llegó el divorcio y trabajé durante 25 años en distintas oficinas del sector público para mantener a mis hijos, pero no por eso dejé de leer todas

las noches. Cuando en 1987 ocupaba la Subdirección de la Cineteca Nacional, decidí estudiar Letras Hispánicas en el SUA, para poner “orden” en las muchas lecturas que para entonces había acumulado. Volver a ser estudiante en CU, tener maestros extraordinarios como Gonzalo Celorio, Eduardo Casar, Dora Pellicer, Horacio López Suarez y la Dra. María Andueza, entre otros, era un lujo que yo no me había permitido desde que dejé la química por el matrimonio.

Los cuatro años de la carrera en el SUA se me pasaron en un parpadeo. Las reuniones en casas de los compañeros los sábados por la tarde para estudiar Lingüística en unas fotocopias que casi no se podían leer; o para resolver las Actividades pendientes eran un oasis particular en mi vida con nuevo marido, dos hijos propios y tres ajenos. Me recibí y estudié la Maestría, donde tuve la magnífica experiencia de ser alumna del Mtro Sergio Pitol.

Ser profesora en el SUA me llena de satisfacciones porque siento que estoy devolviendo a la UNAM algo de lo mucho que me ha dado, porque me mantiene en contacto con jóvenes y adultos deseosos de aprender y porque al dar clases vuelvo a ser estudiante en el SUA, una de las etapas más disfrutables de mi vida.

# LETRAS HISPÁNICAS



## MARÍA TERESA BERNAL VÁZQUEZ

Desde que ingresé por concurso de selección a la Preparatoria No. 6 “Antonio Caso” supe que la UNAM sería desde entonces mi casa, y así ha sido desde el año '97. Luego de que salí de la prepa, ingresé a CU, en clases extramuros por cierto, todo un sueño y además a una de las carreras más demandadas, Administración. Fueron años difíciles por la situación económica en mi casa, pero nada que el futuro no compensara, el esfuerzo de mi familia y el mío se vio reflejado con las grandes recompensas que obtendríamos después. Cuando inicié mi servicio social, mi hermano me dio mi primer celular, porque salía de la oficina de Bancomext en la biblioteca a las 10 pm; el camino a casa era largo, así mi mamá tendría menos pendiente, o al menos eso creímos. Más tarde, ya en los últimos semestres, hice prácticas profesionales en Alfaguara Infantil, y decidí que ese era el gremio en el que quería desarrollarme, los libros; entonces pude combinar la carrera universitaria con la vida profesional desde entonces en el ámbito que más maravilloso me parece, la venta de libros, libros para niños, han pasado tantas cosas desde entonces, y las satisfacciones de estar de los dos lados del mostrador han sido fantásticas, vender libros, recomendar temas, conocer autores, saber del proceso creativo y disfrutarlo como lectora y como parte del proceso comercial, poder transmitirlo a la gente en librerías, escuelas y ferias, es algo que poco podría acercarme sólo con palabras. En el año 2006

pensé que la experiencia no estaba completa y debía estar en un lado más de los libros, en la creación, en las meras entrañas, por eso busqué la manera de entrar a la licenciatura en Letras Hispánicas, para poder conocer la teoría, las bases la raíz de la literatura en español y técnica para estar en la capacidad de hacer libros, no sólo venderlos y recomendarlos, qué mejor que tener la experiencia y la teoría juntas, además unir dos pasiones, eso es lo que el SUA en la Facultad de Filosofía y Letras me ofreció, unir mis dos pasiones para que fueran una sola, así llegué al SUA.

Parece que no es mucho tiempo desde que ingresé a la carrera de Letras en esta modalidad y aún así han pasado tantas cosas, y al mismo tiempo siento que me falta tanto por hacer, algunos de los compañeros de generación ya se graduaron y otros están por terminar las tesis; podría parecer envidia, y tal vez sí, un poco, sin embargo también me motiva a seguir con las materias, trabajar en la tesis que ya he iniciado y festejar la graduación, poco después que ellos, pero hacerlo al fin y al cabo.

Con esta motivación estoy iniciando una editorial en la que puedo fungir como administradora y editora, esa es la gran posibilidad de que veo en el SUA, que fortalece primero, el cariño que le tenemos a la Universidad, te vincula con otras disciplinas y hace que la convivencia entre carreras sea enriquecedora y deje una huella profunda en la preparación que seguimos los alumnos de este sistema.

En octubre de este año, imprimiremos el primer ejemplar de la editorial que nació aquí, en los pasillos de la Facultad de Filosofía entre las prisas y las ganas de realizar los sueños, hemos logrado reunir nuestros talentos, con las carreras previas y con el punto de coincidencia de licenciatura que compartimos en la actualidad veremos reflejado ese sueño en las páginas de una realidad, que hace posible el SUA de la UNAM, de nuestra casa. Goya!!!!

